

Naturaleza

En la serie *Naturaleza*, Aquilino explora formas naturales con un fantástico teleobjetivo, que localiza plantas y flores y le permite aumentarlas a un tamaño fuera de lo normal. Mientras en *Paisajes circundados* jugaba a restringir, a superar y difuminar los límites de la forma, en la serie *Naturaleza* encuentra la manera de realzar su poder. Aparecen aquí sujetos dominantes que dejan atrás un fondo borroso y crecen hasta alcanzar un tamaño gloriosamente monstruoso. Por medio de una perspectiva distorsionada Aquilino atrae la atención hacia la forma, arrancando literalmente una flor del suelo y haciéndola gigantesca con el fin de que nos concentremos en ella y solo en ella. No es que el fondo carezca de importancia, pero se expresa en un cambio de estilo que permite la articulación de un sujeto verdaderamente centrado en sí mismo. La hierba y el cielo son manchas de color en comparación con la limpidez de las plantas, una masa de finísimas pinceladas que revolotean en torno a su objeto. Los colores de las plantas reverberan y se reflejan en los cuadros de esta serie: verdes exuberantes en frondas de hierba y un rubor rosa de pétalos diluidos en la extensión del cielo. Es el color lo que les confiere unidad, al igual que lo hacía en *Paisajes Circundados*. Ahora, el sutil baño de color es sustituido por una intensidad vehemente y cada cuadro resplandece con la profundidad de su concentración. El verde es brillante, luminoso en su evocadora pureza, mientras el rojo arde en candentes y carnosos tonos rosados. El rojo es particularmente intenso y confiere a estas formas un poder que eclipsa al puramente natural. Los incandescentes naranjas de *Planta Salvaje* prenden fuego a las curvas salvajes de sus hojas, el mismo tono ardiente que otorga a *La Semilla Gigante* una calidad bestial, casi carnívora. En *Buscadores de Semillas*, que escapa del rojo, produce un efecto más suave, más exquisito, reflejo de su búsqueda de vida y crecimiento. Ciertamente, estas grandes vainas son provocativamente sexuales; sus pesadas cabezas surgen del estigma en forma de tallos de un rosa rojizo como trompas de Falopio. En *Raíces de un Paisaje*, las raíces que brotan pujantes del rostro de la flor se asemejan a la carne, con su sonrosada superficie y suave interior. Estas enormes plantas se personifican a través de estas asociaciones carnales y de lo inequívoco del movimiento y la actividad que revelan sus ondulantes tallos extendidos. Aunque en el *El Sueño de las Flores* yacen quietas, acurrucadas mientras duermen, la reluciente y cambiante superficie del cuadro inyecta vida a la imagen. Aquí, el tratamiento de la pintura de Aquilino es completamente diferente al de la serie *Paisajes circundados*; en lugar de ligeros pasteles la pintura rebosa evocación de movimiento. Moteado y repleto de vida, el color se expande en ondas por la superficie del lienzo, como espejo que refleja la vitalidad de las formas que describe. Significativamente, las figuras están presentes en estas escenas fantásticas. Son diminutas, atrapadas en oleadas de hierba, cautivas entre tallos ondulantes, o escalando en imposibles posturas aferradas a las gigantes flores. Son figuras sin rostro, de color diluido, criaturas de la tierra que sucumben al poder sobrecogedor de su naturaleza.

Sophie Hill

Comisaria de Exposiciones & Crítica de Arte, Londres